

FOCUS

Arquitectura infantil:
Espacios para aprender jugando



FOCUS | Revista de Arquitectura, diseño e interiorismo de latinoamerica | 016 | Año 2026

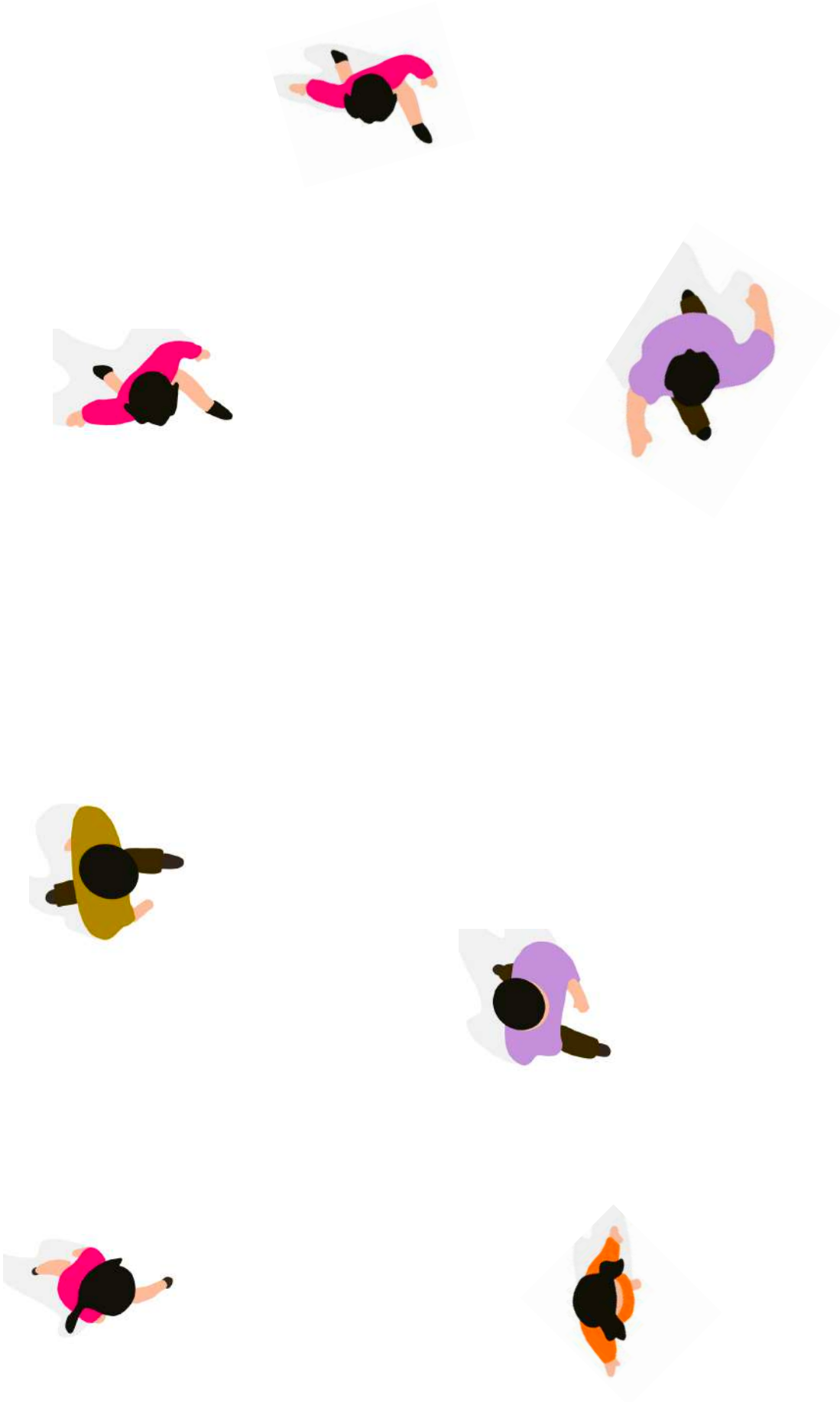
Centro de desarrollo infantil 'El Guadual'

Revista latinoamericana

Unete a nuestro equipo...

Si te gustaría ser colaborador para la revista, no dudes en ponerte en contacto con nosotros. Recibimos personas de todo el mundo.





Revista latinoamericana

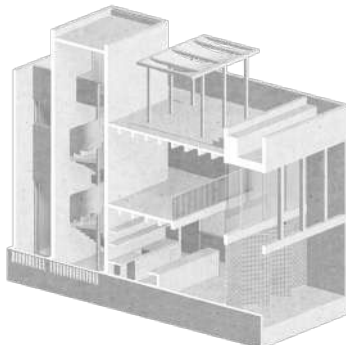
FOCUS

Revista de Arquitectura Latinoamericana

Índice

01

- *Un diálogo entre la arena y el mar: Complejo Villa Desierto*



- *Autor: Melissa Fernández*

02

- *Habitar para comprender: Lecciones espaciales desde Teopanzolco*



- *Autor: Jenny Torres*

06

- *El poder de la participación comunitaria: Biblioteca Colonia Héctor Caballero*



- *Autor: Melissa Fernández*

07

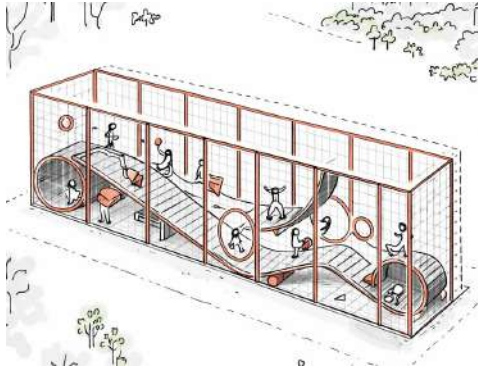
- *Arquitectura que Educa Desde la Raíz: Escuela Nueva Esperanza*



- *Autor: Pamela Aguirre Catalán*

03

- *Jugar también es aprender: Parque Bicentenario de la Infancia*



- Autor: Pablo Vazquez

04

- *El Aula que se divide para expandir: Preescolar San José*



- Autor: Adanau Santana

05

- *Aprendiendo a llegar a la cima de la montaña: Preescolar Gimnasio Campestre*



- Autor: Lina Valencia Lozano

08

- *Un espacio de aprendizaje que utiliza a la naturaleza como protagonista: La Leroteca*



- Autor: Santiago Vejar

09

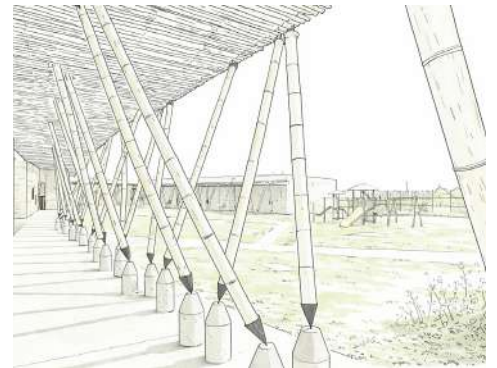
- *Cuando la arquitectura aprende de la naturaleza: Orquideorama*



- Autor: Jordi Borrull

10

- *Un lugar donde crecer es aprender: Centro de Desarrollo Infantil El Guadual*



- Autor: Pablo Vazquez



Diseñar para Crecer | Arquitectura Infantil en Latinoamérica

Esta edición #16 FOCUS te trae...

La infancia es esa etapa donde comenzamos a descubrir el mundo. Los espacios donde crecemos —escuelas, parques, bibliotecas y espacios públicos— no solo nos albergan, también moldean la forma en que aprendemos, convivimos e imaginamos nuestro futuro.

En esta edición #16 de Focus Latinoamericana, dedicada a la infancia y al cuidado del planeta, exploramos proyectos donde la arquitectura se convierte en una herramienta de aprendizaje, juego y conciencia ambiental. Diseñar para la infancia implica mucho más que construir edificios: significa crear entornos que estimulen la curiosidad, la convivencia y el pensamiento crítico.

Abrimos el recorrido con el Parque Bicentenario de la Infancia en Santiago de Chile, un espacio público donde paisaje y juego se integran para crear experiencias de exploración para niños y familias.

La educación toma protagonismo con el Preescolar Gimnasio Campestre, analizado por Lina Valencia, y con la Escuela Nueva Esperanza en Ecuador, presentada por Pamela Aguirre, proyectos que muestran cómo la arquitectura escolar puede convertirse en una extensión del aprendizaje.

En México, esta conversación se amplía con el Centro Cultural Teopanzolco y la Biblioteca Colonia Héctor Caballero, donde arquitectura, cultura y comunidad se encuentran.

Desde Colombia se suman proyectos como el Orquideorama, La Leroteca y el Preescolar San José, ejemplos donde el diseño fomenta creatividad, encuentro y relación con la naturaleza.

La portada de esta edición ha sido ilustrada por Alejandra Polanía, cuya propuesta visual refleja la energía y la imaginación que caracterizan los espacios pensados para la infancia.

Y así querido lector, te invito a recorrer estas páginas con una pregunta en mente: ¿Cómo puede la arquitectura ayudar a formar las ciudades —y las mentes de las personas— del futuro?

BIENVENID@ A NUESTRA DECIMOSEXTA EDICIÓN

PABLO CESAR VAZQUEZ P. | DIRECTOR
GENERAL
@arq_pablo_vazquez

FOCUS

¡Publicitate con nosotros!



*Ofrecemos diferentes paquetes de membresias para publicar tu marca.
¡Aprovecha y contactate con nosotros!*

Imagen generada con IA

 [revistalatinafocus](#)  revistafocus0@gmail.com

Un diálogo entre la arena y el mar

Complejo Villa Desierto

Autor: Melissa Fernández
@qiriamano



- **PROYECTO:**

Complejo Villa Desierto

- **ARQUITECTO:**

Formatelier Arquitectos

- **FOTOGRAFÍA:**

Formatelier Arquitectos

- **UBICACIÓN:**

Playa Cerritos, Baja California Sur, MX

- **AÑO:**

2025

- **SUPERFICIE:**

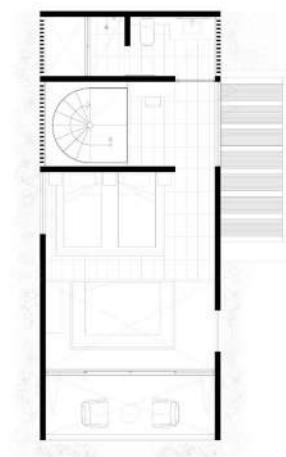
83.40 M2

En una de las mejores playas del pacífico mexicano gracias a su entorno rústico y naturaleza intacta se encuentra la más reciente obra de Formatelier Arquitectos. Un complejo habitacional que celebra la identidad de su paradisíaco lugar y eleva la estancia a una conexión profunda.

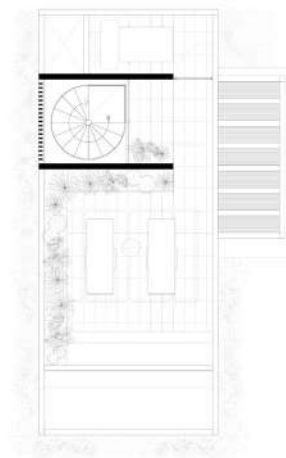
Aquí, donde la aridez del desierto de Baja California Sur se encuentra con la inmensidad del Océano Pacífico, surge una arquitectura que parece haber emergido de la arena misma. En Playa Cerritos, Los Cabos, sus imponentes puestas de sol y el paisaje son el telón de fondo de este espacio construido y abrazado por muros de tierra y concreto.

Pero para entender cómo este proyecto logra esa conexión con el paisaje, es necesario descubrir la visión de sus creadores. Formatelier, fundado en 2018 en Ciudad de México y hoy establecido en La Paz, capital del estado Baja California Sur, es un estudio que bajo la dirección del arquitecto Carlos Eduardo Cruz Ay ha hecho del diseño una herramienta de transformación.

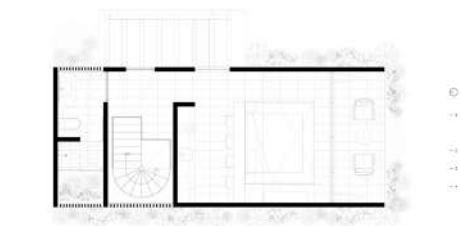
Su comprensión del espacio es integral, cuidando desde el diseño del paisajismo hasta los detalles del mobiliario en sus proyectos. En el caso de Villa Desierto, ¿de dónde surge la idea?



1 2 3 4 5 6



1 2 3 4 5 6



1 2 3 4 5 6



Sensibilidad y percepción

La génesis de este proyecto reside en años de observación y entendimiento del clima de Baja California Sur. Como señalan los arquitectos, la obra nace tras “años de habitar y comprender este clima y este paisaje”, por lo que este proyecto surge como una “interpretación honesta de cómo la vida y la arquitectura pueden pertenecer de manera auténtica a la península”.

Son esa sensibilidad y percepción los que permiten que el complejo se inserte de manera cuidadosa en un entorno tan privilegiado como frágil. Al aproximarse a Villa Desierto, lo primero que llama la atención es la claridad de su modulación estructural.

Esta disposición organiza el espacio de forma clara, permitiendo una construcción eficiente y una lectura ordenada del proyecto.

La fachada sur que mira el mar es abierta pero controlada por la exigencia del clima desértico costero. Mientras tanto, los otros tres frentes aunque cerrados cuentan con celosías verticales que permiten el paso constante de luz y aire a la vez que limitan la radiación directa y la visibilidad.

En búsqueda del horizonte

Pero es al recorrer sus espacios donde el proyecto revela su verdadera intención. Su volumen vertical se organiza en tres niveles conectados por una escalera de caracol con antepecho helicoidal que destaca aún más su forma. Esta estrategia permite minimizar el impacto sobre el terreno mientras maximiza las vistas ampliadas sobre el paisaje.

En el primer nivel y sobre la fachada sur se encuentra la habitación principal de doble altura. Un espacio introspectivo y de refugio que mira hacia el mar a través de la terraza a nivel protegida por celosías y muros proyectados, mientras que hacia el norte se ubica el baño con vista hacia un pequeño jardín interior.

En el segundo nivel, aparecen en la misma disposición una segunda habitación en mezzanine y el baño. Este último retirado de

la fachada y vinculado al jardín del primer piso mediante el vacío de doble altura.

Por último se llega a la terraza de la azotea, el final del camino que es un elogio a la apertura donde se ofrece una visión despejada del horizonte costero.

Aquí es donde el diálogo entre el desierto y el océano se vuelve explícito. Es el lugar donde la arquitectura se va diluyendo para dar todo el protagonismo a la inmensidad del mar y a la brisa marina controlada gracias a la presencia de celosías y vegetación.

En lugar de continuar con la horizontalidad del desierto, la arquitectura aquí prefiere destacar y aprovechar cada elemento de observación para orientar estratégicamente y capturar la luz cambiante y los atardeceres de Playa Cerritos.

En cuanto a los materiales, los elementos protagonistas son los muros de tierra compactada, cuya presencia física evoca las dunas circundantes.

Esta técnica tradicional no solo ofrece un rendimiento térmico excepcional, mejorando el confort interior frente a las oscilaciones de temperatura del desierto, sino que además es una construcción sostenible ideal que se camufla con el paisaje árido.

Estos tapiales se complementan con elementos de concreto a la vista y de madera, creando un diálogo equilibrado entre la solidez y la calidez. El concreto aporta la estructura y la sobriedad moderna, mientras que la madera da la textura orgánica que suaviza la experiencia de habitar frente al mar.

Con el color de la península

La paleta cromática de Villa Desierto es un tributo directo a la península de Baja California Sur. Los tonos cálidos y terrosos son una elección estética y también una decisión que refuerza el sentido de pertenencia.

Al observar el complejo al atardecer, la estructura parece fundirse con el paisaje árido: la intensidad de la luz juega con las texturas del concreto y la tierra, creando

una composición que, según sus autores, “parece haber formado siempre parte del paisaje”.

Esta integración de colores se extiende al interior, donde los espacios se revelan como cuevas contemporáneas suavemente iluminadas. Las celosías y los vacíos regulan la luminosidad y crean un juego de sombras que cambia a lo largo del día, recordando que la luz y el viento son quienes definen el tiempo en el desierto.

Villa Desierto es una propuesta que demuestra que el diseño contemporáneo puede ser profundamente local e innovador. Formatelier Arquitectos ha logrado crear un espacio que no solo es funcional y eficiente, sino que inspira y conecta con la naturaleza salvaje donde se ubica.

¿Te imaginas tu próximo descanso en un espacio que conecta de manera tan auténtica con el paisaje de una de las mejores playas mexicanas?







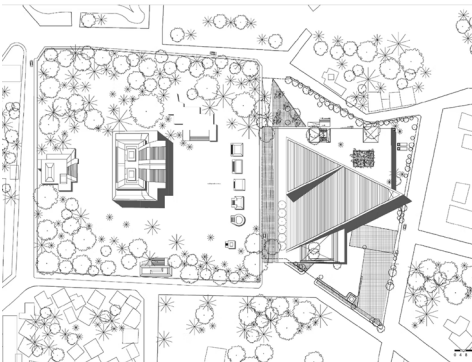
Habitar para comprender

Lecciones espaciales desde Teopanzolco

Autor: Jenny Torres
@jennytorres2106



- **PROYECTO:**
Centro Cultural Teopanzolco
- **ARQUITECTO:**
Taller de Arquitectura X
- **FOTOGRAFÍA:**
Jaime Navarro - Onnis Luque
- **UBICACIÓN:**
Cuernavaca, México
- **AÑO:**
2017
- **SUPERFICIE:**
7000 M2



Imagínate la siguiente situación: quieres ganar un concurso lanzado por el gobierno para **transformar el lugar de un antiguo auditorio en un nuevo espacio cultural**; donde debes intervenir un territorio profundamente contrastante, entre un barrio popular, suburbios de alto nivel y la imponente presencia de una zona arqueológica.

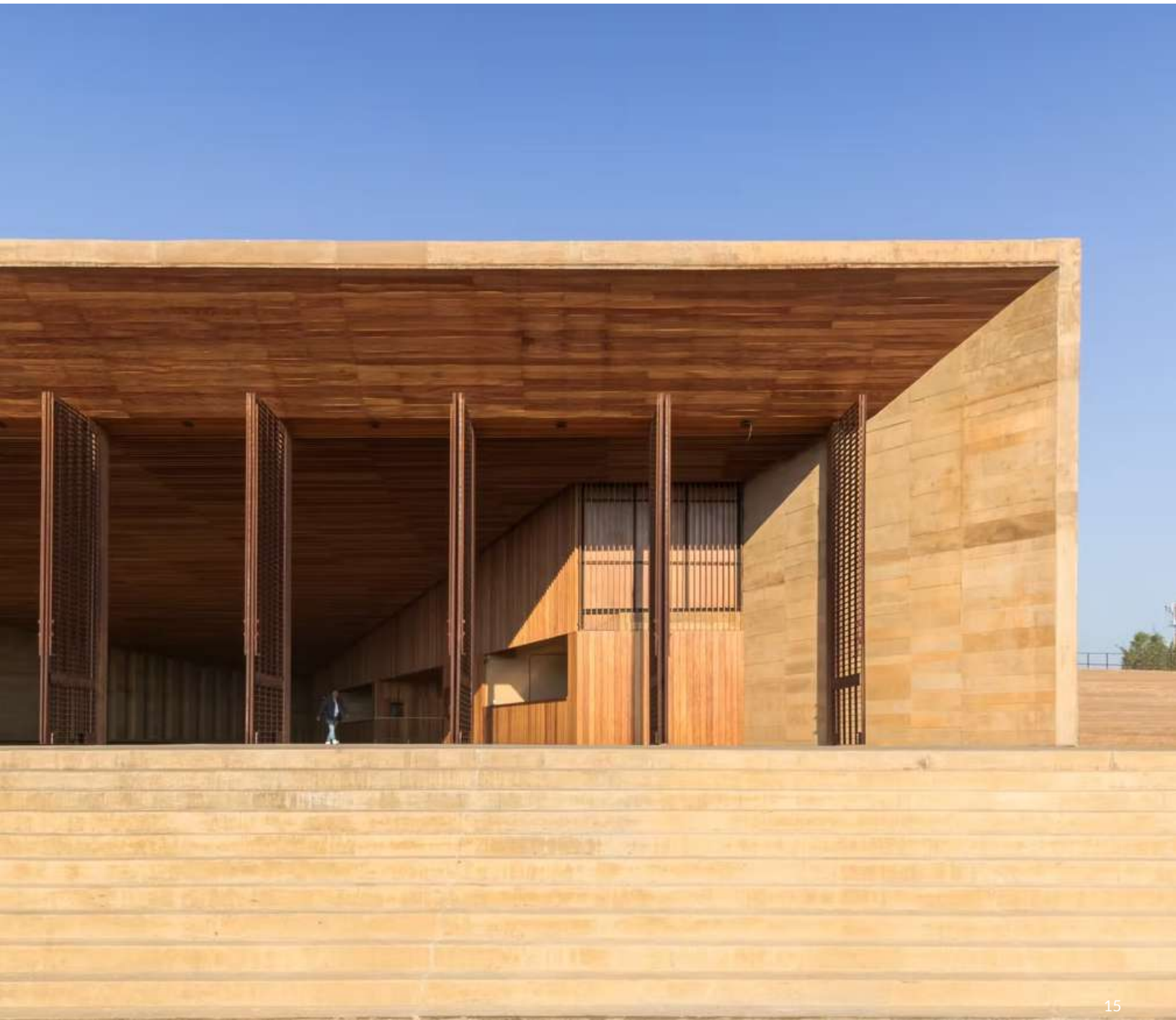
Entonces...¿Cómo iniciarías?¿Cómo integrarías todas las variables?¿Qué resaltarías?

Es así como la oficina taller ganadora del concurso, declaró que la cultura es una herramienta real de transformación social, capaz de conectar distintas realidades a través del espacio, en donde no hay jerarquías ni tiempos que dominen sobre otros; todo convive a fin de intencionadamente hacer dialogar pasado y presente.

Desde el inicio esto se logró construyendo una continuidad visual y simbólica entre la geometría inclinada del edificio propuesto y la Zona Arqueológica, respondiendo tanto a un gesto formal que toma inspiración de las plataformas prehispánicas cercanas convirtiendo la arquitectura en un medio para comprender el territorio; como también potenciando la relación con el mismo al proporcionar un espacio público significativo desde el exterior hacia el interior invitando al visitante, a ti, a que lo recorras.

Siguiendo con la idea de la preexistencia, otra decisión ganadora fue aprovechar la topografía existente en el predio, en este caso se aprovecha para proponer que la cubierta del proyecto se convierta en un auditorio adicional al aire libre; de la misma forma una gran plataforma sobre la cual ubica el auditorio principal del programa aglutina el exterior e interior del mismo, siendo el vestíbulo el punto clave.







Es dicho vestíbulo que coincide composítivamente en el eje de la pirámide de la zona arqueológica por el cual se ingresa por medio de puertas abatibles que permiten la circulación libre y la conexión visual con la zona arqueológica, el que hace de esto una estrategia que aplica la oficina taller para integrar las variables circundantes al lote de forma más orgánica, **intensificando la relación con el contexto local.**

Es aquí mi querido amigo que una variable quizás poco visible pero intencional al generar este edificio aparece, el hecho de que, para combatir el contraste contextual **se educa desde la arquitectura**, ahora, ¿cómo logra eso este proyecto?

Con un lenguaje geométrico formal claro, ya que siendo el auditorio el único espacio techado que sobresale desde la plataforma, con su geometría simple de triángulos puros, conforma un lenguaje acotado, elemental y contemporáneo; ideal para establecer un diálogo respetuoso con el entorno

sin competir con él. Esta síntesis formal permite que el volumen sea fácilmente legible, reduciendo el ruido visual y aportando claridad compositiva; a la vez, su carácter abstracto-atemporal actúa como un recurso pedagógico, evidenciando cómo, a través de operaciones básicas, es posible construir una arquitectura sensible al contexto y coherente con la transformación del lugar.

En este sentido, el edificio se convierte en un aula abierta, donde principios como la orientación, la ventilación cruzada o el control térmico se comprenden a través de la experiencia directa. El usuario no solo observa, sino que recorre, asciende, desciende y habita el espacio desde múltiples perspectivas, activando una relación más dinámica con la arquitectura. Esta condición resulta especialmente significativa en el caso de los niños, al incorporar estrategias donde el aprendizaje ocurre mediante el cuerpo, fomentando la curiosidad y la apropiación del lugar. A través de superficies continuas, estructuras claramente legibles y una honestidad

material evidente, el proyecto no busca ocultar su proceso constructivo; por el contrario, lo expone deliberadamente. Cada elemento revela su función, su ensamblaje o su lógica estructural, permitiendo que el usuario comprenda intuitivamente cómo el edificio se sostiene y organiza.

En este proceso educativo el uso de un concreto pigmentado en tonos terrosos que evocan el paisaje arqueológico y el suelo característico de la región de Cuernavaca en la que se implanta, es una decisión que responde tanto a un criterio estético, como a la intención de establecer una continuidad visual y sensorial con el contexto, permitiendo que el edificio se perciba como una extensión del terreno más que como un objeto impuesto sobre él.

Por ello el hecho de que el programa arquitectónico cree filtros donde los accesos, foyers y áreas de transición funcionan como graduales entre el exterior y el interior son de importancia, ya que permiten una secuencia espacial que prepara al usuario antes



de ingresar a la sala. A su vez, los espacios secundarios —como el foro alternativo, la caja negra y las áreas de apoyo— se disponen de forma que puedan operar tanto de manera independiente como en conjunto, generando un sistema flexible y adaptable a distintos tipos de eventos.

De modo que aunque la sala principal se configura como el núcleo del proyecto, alrededor del cual se organizan de manera estratégica los espacios complementarios, la disposición espacial no es rígida, sino que se apoya en recorridos claros y relaciones visuales que conectan los distintos niveles y usos, favoreciendo la orientación y la continuidad espacial. Así, el proyecto no se entiende como una suma de piezas aisladas, sino como **una estructura integrada donde cada espacio se vincula con los demás, reforzando el carácter abierto, dinámico y contemporáneo del conjunto.**

Porque algo que el proyecto logra, para que tengas en cuenta es que más allá de ser únicamente un contenedor de actividades, pasa a convertirse en un mediador entre las personas y su entorno, una experiencia

espacial que invita a aprender del contexto, de los materiales y la acertada forma de establecer un diálogo respetuoso con el paisaje histórico. Es gracias a esto que el proyecto se declara ganador del premio de Arquitectura Latinoamericana en la *Bienal Internacional de Arquitectura de Buenos Aires 2017*.





Jugar también es aprender

Parque Bicentenario de la Infancia de ELEMENTAL

Autor: Pablo Vazquez.

@arq_pablo_vazquez



- **PROYECTO:**

Parque Bicentenario de la Infancia

- **ARQUITECTO:**

ELEMENTAL | Alejandro Aravena

- **FOTOGRAFÍA:**

Cristóbal Palma

- **UBICACIÓN:**

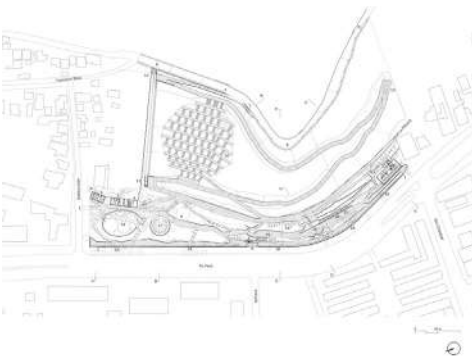
Santiago, Chile

- **AÑO:**

2012

- **SUPERFICIE:**

3.8 – 4 ha aprox



En las ciudades, los espacios destinados a la infancia suelen ser pequeños fragmentos dentro de parques más grandes: un par de columpios, un resbaladero y algunos juegos de plástico. Lugares pensados para cumplir una función básica, pero que rara vez se convierten en experiencias memorables.

Sin embargo, existen proyectos que replantean esta lógica y entienden que el juego también puede ser una herramienta de aprendizaje, exploración y desarrollo.

El Parque Bicentenario de la Infancia, diseñado por el estudio ELEMENTAL liderado por Alejandro Aravena, es uno de esos casos. Ubicado en la ladera del Cerro San Cristóbal, dentro del Parque Metropolitano de Santiago de Chile, este proyecto transforma el espacio público en un verdadero territorio de descubrimiento para niños y familias.

Más que un parque infantil, es una invitación a explorar el paisaje, interactuar con la topografía y experimentar la ciudad desde otra escala: la de la infancia.

Un parque que nace de la geografía

El proyecto ocupa aproximadamente cuatro hectáreas en la base del cerro, un terreno que combina zonas planas con pendientes pronunciadas. Lejos de considerar esta topografía como un problema, el equipo de ELEMENTAL decidió convertirla en el principal recurso del proyecto.

En lugar de nivelar el terreno o imponer estructuras ajenas al paisaje, el diseño se adapta a la ladera mediante terrazas, sen-

deros y plataformas, creando un recorrido continuo donde los niños pueden desplazarse libremente.

Esta estrategia permite resolver uno de los dilemas más comunes en el diseño de áreas infantiles: cómo generar emoción sin comprometer la seguridad.

La respuesta aparece en uno de los elementos más icónicos del parque: una gran cascada de más de 40 toboganes que descienden por la pendiente del cerro. Gracias a la inclinación natural del terreno, los niños pueden experimentar la sensación de altura y velocidad sin riesgos significativos. Aquí, la topografía se convierte en juego.

Un espacio público con impacto social

Pero el Parque Bicentenario de la Infancia no es solo un proyecto recreativo. También responde a una problemática urbana más amplia.

Santiago, como muchas ciudades latinoamericanas, enfrenta un déficit histórico de áreas verdes y espacios públicos accesibles. La creación de este parque forma parte de una estrategia para ampliar la red de espacios públicos del Parque Metropolitano y acercarlos a sectores de la ciudad que tradicionalmente han tenido menos acceso a ellos.

El parque se ubica en la comuna de Recoleta, cerca de barrios populares que anteriormente contaban con pocas áreas verdes de calidad. En este sentido, el proyecto funciona como un acto redistributivo del espacio urbano, donde el diseño se convierte en una herramienta para mejorar la calidad de vida. La arquitectura, aquí, también es política.



Jugar con el paisaje

Uno de los aspectos más interesantes del proyecto es la diversidad de experiencias que ofrece.

El parque no se limita a un único espacio de juegos, sino que propone una serie de escenarios interconectados que invitan a explorar:

- Casas en los árboles que permiten observar el paisaje desde las copas.
- Juegos de agua organizados en un "bosque de esferas".
- Columpios y juegos musicales.
- Zonas de arena y exploración.
- Senderos que serpentean entre jardines y vegetación.

Esta variedad convierte al parque en una experiencia abierta, donde cada recorrido puede ser distinto. Los niños no solo juegan: descubren, imaginan y construyen su propia aventura.

Un límite que también es juego

Incluso los elementos más técnicos del proyecto se reinterpretan desde la lógica del juego.

Un ejemplo claro es el cierre perimetral del parque, que normalmente funciona como una barrera rígida entre el espacio público y la ciudad. En este caso, el límite se transforma en un tubo tridimensional de más de 300 metros de longitud, por donde los niños pueden desplazarse, trepar y explorar.

Lo que normalmente sería un elemento de control se convierte aquí en una extensión del espacio lúdico.

Este tipo de decisiones muestran cómo el diseño puede transformar incluso los elementos más funcionales en oportunidades para la imaginación.

Naturaleza, aprendizaje y comunidad

El parque también incorpora una fuerte dimensión educativa. A lo largo de sus senderos se integran especies vegetales nativas y señalética informativa, permitiendo

que los visitantes aprendan sobre el ecosistema local mientras recorren el lugar.

Además, el proyecto incluye espacios para actividades culturales, como un anfiteatro donde se realizan funciones de teatro y títeres, reforzando el papel del parque como punto de encuentro para las familias.

De esta forma, el parque no solo promueve el juego, sino también la convivencia, la cultura y el contacto con la naturaleza.

Diseñar para la infancia es diseñar para el futuro

El Parque Bicentenario de la Infancia demuestra que la arquitectura infantil puede ir mucho más allá de los parques tradicionales.

Aquí, el diseño aprovecha la geografía, integra el paisaje, estimula la imaginación y fortalece el espacio público. Es un proyecto que entiende que los niños no necesitan entornos simplificados, sino espacios que desafíen su curiosidad y fomenten su autonomía.

En el contexto de una edición dedicada a la arquitectura infantil en Latinoamérica, este proyecto nos recuerda algo fundamental:

Quando diseñamos espacios para la infancia, en realidad estamos diseñando las experiencias que formarán a las futuras generaciones.

Porque en lugares como este, entre toboganes, senderos y árboles, no solo se construyen parques. También se construyen recuerdos.





El Aula que se divide para expandir

Preescolar San José

Autor: Adanau Santana
@ocas.mx



El Taller de Arquitectura de Bogotá adoptó un enfoque donde **la arquitectura no se impone al lugar, sino que se adapta a él**. En este sentido, el diseño se integra cuidadosamente al paisaje, respetando las condiciones topográficas, climáticas y sociales del sitio. La obra refleja una arquitectura que no busca protagonismo formal, sino coherencia con su contexto.

Ubicado en un entorno donde lo urbano y lo rural se entrelazan, el Preescolar San José surge como respuesta a una necesidad educativa concreta, pero también como una oportunidad para replantear los modelos tradicionales de infraestructura escolar. El proyecto parte de una premisa fundamental: **'los espacios para la infancia deben ser estimulantes, seguros y abiertos a la exploración'**.

Organización espacial y experiencia del usuario

Uno de los aspectos más destacados del proyecto es su organización espacial. El preescolar se compone de una serie de volúmenes de baja escala, dispuestos de manera que generan patios, recorridos y espacios intermedios. Estos elementos no son secundarios, sino esenciales para la experiencia educativa.

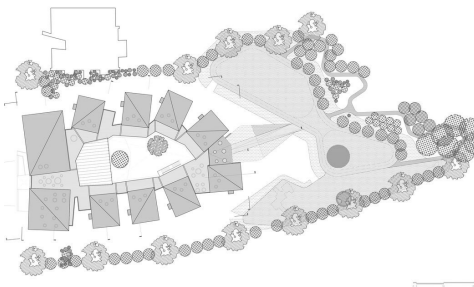
Los patios funcionan como extensiones del aula, permitiendo que el aprendizaje trascienda el interior y se vincule con el exterior. Esta relación constante con la naturaleza fomenta la curiosidad y el juego libre, aspectos clave en el desarrollo infantil. Además, los recorridos entre los distintos espacios están diseñados como experiencias en sí mismas, promoviendo la exploración y la autonomía de los niños.

La escala del proyecto es cuidadosamente controlada. Los espacios están pensados desde la perspectiva de los niños, evitando la monumentalidad y favoreciendo una sensación de cercanía y protección. Esto se traduce en ambientes acogedores que invitan a la permanencia y al descubrimiento.

La materialidad del Preescolar San José responde tanto a criterios estéticos como funcionales y contextuales.

...El uso de materiales locales no solo reduce el impacto ambiental, sino que también refuerza la identidad del lugar. Elementos como el ladrillo, la madera y el concreto se emplean de manera honesta, mostrando su textura y cualidades naturales.

- **PROYECTO:**
Edificio de Preescolar del Colegio San José
- **ARQUITECTO:**
Taller de Arquitectura de Bogotá
- **FOTOGRAFÍA:**
Rodrigo Davila
- **UBICACIÓN:**
Cajicá, Colombia
- **AÑO:**
2016
- **SUPERFICIE:**
1287 m²



La construcción evidencia una atención al detalle que busca durabilidad y bajo mantenimiento, aspectos fundamentales en proyectos educativos. Asimismo, la selección de materiales contribuye al confort térmico y acústico, generando ambientes adecuados para el aprendizaje.

Uno de los logros más significativos del proyecto es su capacidad para integrarse con el entorno. El edificio no se percibe como un objeto aislado, sino como parte de un sistema más amplio que incluye el paisaje, la comunidad y las dinámicas locales.

Las aperturas, los patios y las áreas exteriores están cuidadosamente orientados para aprovechar la luz natural y la ventilación cruzada. Esto no solo mejora las condiciones ambientales interiores, sino que también reduce la dependencia de sistemas artificiales.

Además, el proyecto promueve una relación activa con la naturaleza. Los niños no solo observan el entorno, sino que interactúan con él, lo que fortalece su conexión con el medio ambiente desde una edad temprana.

El Preescolar San José trasciende su función básica como institución educativa para convertirse en un espacio comunitario. Su diseño fomenta la participación, la convivencia y el sentido de pertenencia, tanto en los niños como en sus familias. Desde una perspectiva pedagógica, el proyecto reconoce que el espacio físico es un agente activo en el proceso de aprendizaje. La flexibilidad de los ambientes permite adaptarse a distintas actividades, promoviendo metodologías educativas más dinámicas e inclusivas.

Asimismo, el proyecto evidencia cómo la arquitectura puede contribuir a mejorar la calidad de la educación, especialmente en contextos donde los recursos suelen ser limitados. A través de un diseño inteligente y sensible, se demuestra que es posible generar espacios dignos y estimulantes sin recurrir a soluciones costosas o excesivamente complejas.



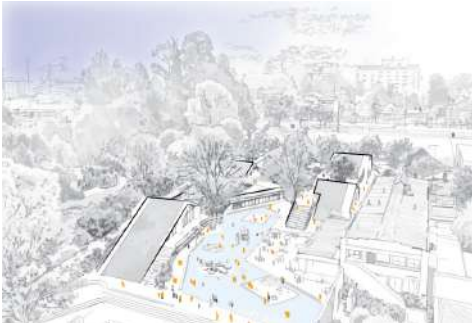


Aprendiendo a llegar a la cima de la montaña

El tercero profesor en el Preescolar Gimnasio Campestre

Autor: Lina Valencia Lozano

@Just_liifi



- **PROYECTO:**

Preescolar Gimnasio Campestre

- **ARQUITECTO:**

Felipe González-Pacheco Mejía

- **FOTOGRAFÍA:**

Pacheco Estudio de Arquitectura

- **UBICACIÓN:**

Bogotá, Colombia (sector norte, Usaquén, Carrera 7 con Calle 165)

- **AÑO:**

2020

- **SUPERFICIE:**

2.630 m²



Hay proyectos que evidencian que la arquitectura deja de ser solo una solución para contener actividades y se convierte en una extensión directa de la experiencia humana que planea albergar. En el caso de un jardín infantil, esta condición de contenedor pasa a un segundo plano para dar prioridad a la experiencia de los infantes: no se diseña únicamente para resolver aulas, circulaciones o patios, sino para construir un primer universo espacial, uno capaz de dialogar con las bondades propias de la infancia, como la imaginación, la curiosidad y esa perspectiva única de un niño que desea entender el mundo. Bajo esa mirada, el preescolar del Gimnasio Campestre, diseñado por Felipe González-Pacheco Mejía, plantea una pregunta fundamental: **¿Puede la arquitectura enseñar antes incluso de que empiece la clase? Y, si es así, ¿cómo?**

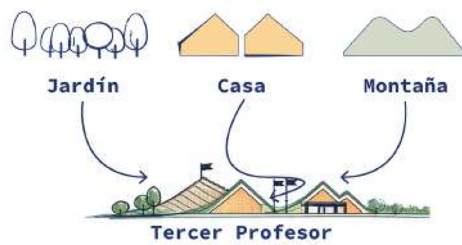
Pues bien, en este proyecto los arquitectos han logrado ambas y nosotros mediante

este proyecto entenderemos como se puede lograr pasar de un espacio solo para dar clases a una montaña cuya cima real es el autoaprendizaje y el disfrute.

El niño no entra a un edificio solo para estudiar, es la entrada al mundo, donde tiene la oportunidad de reconocer la naturaleza y el sentido de comunidad mediante el recorrido, en definitiva para no quedarse quieto: subir, atravesar, bordear, descubrir.







La primera parte de la pregunta puede comprenderse desde otras disciplinas, siendo uno de sus puntos más potentes la relación entre pedagogía y recorrido. Los espacios que generan recorrido producen inmediatamente una experiencia y, con ello, una forma de aprendizaje. Aquí la arquitectura no solo protege ni ofrece confort: al incluir experiencia, también educa.

En este proyecto, las cubiertas inclinadas funcionan como extensión del patio; las circulaciones dejan de ser simples corredores y se convierten en parte del aprendizaje corporal del espacio. La arquitectura entiende que, para un niño, aprender también es desplazarse, trepar, mirar desde arriba, cambiar constantemente de escala. En ese sentido, es evidente que la arquitectura puede servir como elemento integral del aprendizaje. Esta idea no es reciente; de hecho, remite al concepto del “tercer maestro”, formulado por Loris Malaguzzi en la década de 1960, y resulta completamente coherente con lo proyectado en este jardín infantil. Si el primer maestro son las personas de su núcleo familiar y el segundo el equipo docente, aquí el espacio construido asume de manera explícita un rol formativo. No se trata solo de alojar educación, sino de participar activamente en ella.

La segunda parte depende de la visión de cada arquitecto u oficina. En este caso, la respuesta aparece desde el primer gesto conceptual: antes que un edificio, el proyecto se piensa como una topografía habitable. **La operación es aparentemente simple y sus diseñadores la resumen como una secuencia clara: jardín + casa + montaña.**

Pero su potencia está en cómo esas tres imágenes elementales, profundamente reconocibles para cualquier niño, terminan

convirtiéndose en arquitectura. Primero, está el jardín, entendido no como vegetación decorativa sino como condición primigenia del lugar: la naturaleza como punto de partida. Luego aparece la casa, símbolo de protección y cobijo en el imaginario infantil, representada mediante cubiertas inclinadas que evocan ese dibujo universal que cualquier infancia ha repetido alguna vez. Finalmente surge la montaña, cuando esas cubiertas dejan de ser únicamente cerramiento y se convierten en una superficie transitable, prolongando el suelo hasta cubrir el edificio. Es así como el proyecto incluye 1.320 metros cuadrados de cubierta transitable y una cobertura natural de 1.160 metros cuadrados, los cuales no hacían parte del programa solicitado originalmente, pero que definitivamente son imprescindibles para la idea del proyecto.

Es allí cuando la arquitectura se convierte en maestro: los niños comprenden sus aulas como extensiones de la naturaleza, de la vida hogareña y del juego, en un espacio que motiva a recorrer, trepar, saltar, observar y compartir. La configuración espacial no se limita a albergar actividades pedagógicas, sino que participa activamente en ellas, proponiendo recorridos, escalas y relaciones que despiertan la curiosidad y favorecen el aprendizaje autónomo.

Cada transición entre interior y exterior se convierte en una experiencia sensorial donde la luz, la vegetación, la textura de los materiales y la variación de alturas construyen un ambiente cercano, protector y estimulante. De esta manera, el edificio deja de ser únicamente un contenedor funcional para transformarse en un dispositivo pedagógico que enseña a través de la experiencia cotidiana, promoviendo la exploración, la interacción social y el reconocimiento del entorno como parte fundamental del proceso formativo.

Lo interesante es que el proyecto no toma la idea de montaña como metáfora aislada ni como mera copia de la realidad, sino como una estrategia concreta de implantación que opera en dos sentidos. El primero, interior, relacionado con el usuario y su proceso de aprendizaje mediante el recorrido y los juegos de alturas; el segundo, territorial, como solución de implantación capaz de generar el menor impacto ambiental y visual posible.

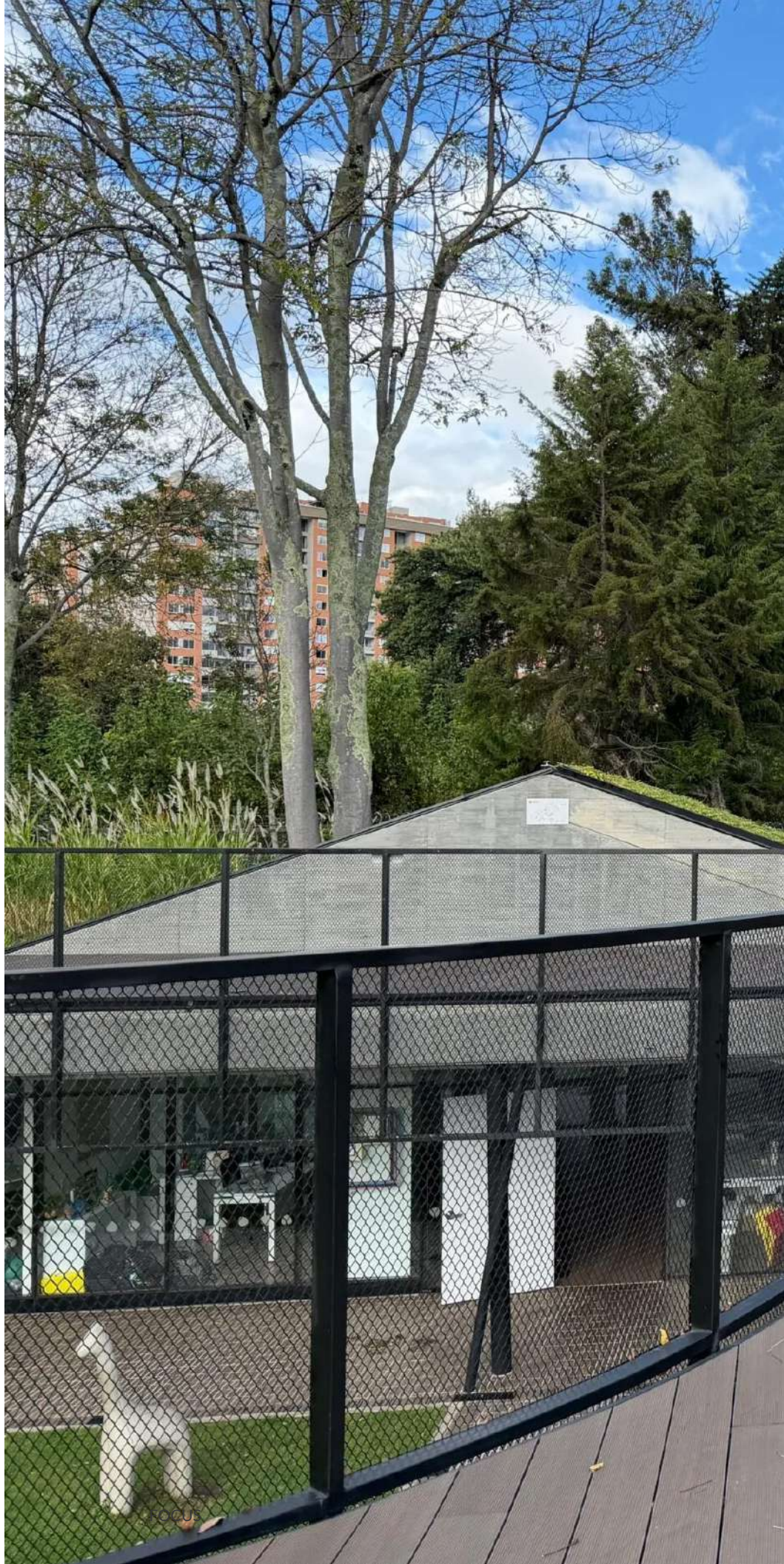
Ubicado en el borde nororiental del colegio, en contacto directo con la falda de los cerros orientales de Bogotá, el edificio parece comprender que competir formalmente con ese paisaje sería un error. De esa manera, a la vez que se eleva, se oculta en su propia cubierta verde: decide casi desaparecer. Se trata de una arquitectura de una sola altura que reduce su presencia construida y devuelve superficie vegetal mediante cubiertas vivas. Curiosamente, la misma estrategia que hace que el proyecto pase desapercibido dentro del contexto es la que lo diferencia de muchos jardines infantiles que todavía se limitan a contener pupitres.



En una ciudad donde muchas veces construir significa endurecer el suelo y borrar vegetación, aquí ocurre lo contrario: el edificio acepta perder protagonismo para devolver continuidad ecológica. No es casual que apenas el treinta por ciento del área intervenida se destine a edificación y que el resto permanezca como patios, jardines, zonas blandas y espacios de juego. Más que ocupar terreno, el proyecto parece negociar cuidadosamente con él. Los árboles existentes no se entienden como obstáculo, sino como parte activa del proyecto; algunos terminan incorporados visualmente dentro de la composición arquitectónica, reforzando esa sensación de que el edificio no llegó después del paisaje, sino que surgió desde él. **En un jardín infantil esto es decisivo: aprender no queda confinado al salón, sino que se expande continuamente hacia el patio, la pendiente y el horizonte.**

Quizá ahí radica uno de sus mayores valores: en haber entendido que un espacio para la infancia no necesita exagerar color ni recurrir a gestos evidentes para resultar estimulante. Aquí la sorpresa no está en el objeto arquitectónico, sino en la experiencia de descubrir que una cubierta puede ser montaña, que un patio puede sentirse plaza y que una casa puede, al mismo tiempo, desaparecer dentro del paisaje. Porque al final, más que diseñar un edificio para niños, este proyecto parece haber recuperado algo más difícil:

diseñar desde una lógica que todavía recuerda cómo mira el mundo un niño, con asombro y tranquilidad.





FOCUS

LATINOAMÉRICA

CO

L

O

CA

TU OBRA



FOCUS

40% OFF

APARECE EN TODAS LAS EDICIONES
FOCUS 2026



HAZ QUE TU MARCA SE VEA

El poder de la participación comunitaria

Biblioteca Colonia Héctor Caballero

Autor: Melissa Fernández
@qiriamano



La arquitectura social es un enfoque con tantas satisfacciones como dificultades. Superar las trabas políticas y económicas requiere de una fuerte convicción, tenacidad y un enorme sentido de colaboración para lograr que las comunidades vulnerables accedan a la infraestructura básica que mejora la calidad de vida.

Antonio Garza Ferrigno quería ser abogado para ayudar a la gente, un sueño que se frustró luego de que su tío le contara la realidad de la profesión. No recuerda con claridad qué lo llevó a estudiar arquitectura pero sí su interés permanente por hacer el bien a los demás.

Luego, en la facultad, con los arquitectos y profesores David Pedroza y Roberto Nuñez, descubrió la arquitectura social y vio que ese enfoque le permitiría aportar a reducir las brechas sociales y servir.

Gracias a las clases de Pedroza conoció a Iván Darío Quiñonez, arquitecto colombiano, quien trabajaba en el programa estatal De Cero A Siempre, de atención integral a la primera infancia con el que construían escuelas en lugares apartados y de bajos recursos.

A Antonio le encantó. Y aún más con el taller que Iván Darío desarrolló en la colonia San Pedro 400, una de las más populares de San Pedro Garza García en Nuevo León, y donde conoció la metodología de mesas de trabajo para dialogar con la comunidad. “Esto es lo que quiero hacer”, concluyó Antonio.

Con esa idea creó Proyecto Reacciona, una organización sin ánimo de lucro formada por estudiantes quienes “buscamos generar un impacto positivo en la sociedad, por medio

de **arquitectura social, incluyente y participativa**, aplicando nuestros conocimientos en pro de la comunidad”.

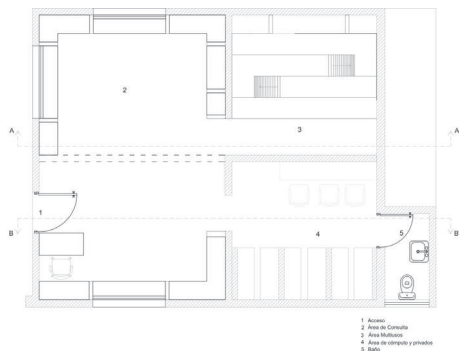
Es así como desde el año 2017 han logrado rehabilitar varios parques, escuelas y bibliotecas públicas ubicadas en diferentes zonas de bajos recursos de Nuevo León, MX, su sede y área de trabajo.

Todos ponen

Para el caso de las bibliotecas, lo han hecho a través del programa de su autoría llamado **Crear Comunidad**, el cual localiza estas infraestructuras culturales en mal estado para rehabilitarlas mediante la participación ciudadana.

Así, llegaron a la biblioteca de la Colonia Héctor Caballero antes llamada Hermanas Martínez Tamez. Este espacio de tan solo 80 m2 y una sola planta se encuentra ubicado contiguo al centro de salud, el centro de recreo y la escuela primaria, entre otros equipamientos, consolidando así un área de infraestructura social y cultural para el barrio.

- **PROYECTO:**
Biblioteca Colonia Héctor Caballero
- **ARQUITECTO:**
Antonio Garza Ferrigno / Proyecto Reacciona
- **FOTOGRAFÍA:**
Hector Padilla Ferraris
- **UBICACIÓN:**
Santiago, Nuevo León, MX
- **AÑO:**
2021
- **SUPERFICIE:**
80 M2





BIbliOTECA



A partir de una metodología de trabajo participativa y un enfoque de sostenibilidad social y ambiental, el proyecto se elaboró mediante varias estrategias:

1. Mesas de trabajo con los vecinos para identificar sus gustos y necesidades reales. Este acercamiento busca generar un vínculo fuerte de pertenencia con la intervención que asegure su cuidado y relevancia a largo plazo.

2. Financiamiento tripartito con fondos recaudados por Proyecto Reacciona, patrocinios de empresas vecinas y mano de obra proporcionada por el municipio.

3. Creatividad constructiva frente a un presupuesto limitado, con el uso de materiales de bajo costo, técnicas y proveedores locales.

Un refugio seguro y lúdico

Para el diseño interior de la biblioteca la idea fue maximizar el espacio disponible.

Esto lo lograron mediante la creación de un total de cinco salas donde las principales son las de consulta, multiusos y de cómputo para uso privado.

En el **área de consulta**, los viejos estantes metálicos cedieron su lugar a libreros fijos de concreto integrados a la estructura. Este cambio logró varios beneficios como mejorar la iluminación y ventilación, mayor disposición de área libre para circulación y aproximación a los libros, seguridad y durabilidad.

El **área multiusos**, creada a partir de lo que era una bodega, es el lugar más innovador. Aquí se instaló una estructura escalonada que entre gradas, rampas y estantería fija, todas terminadas con alfombra, permite su uso como foro para proyecciones, conferencias o simplemente como un espacio de lectura dinámico.

El **área de cómputo** con cubículos para estudio privado incluye en cada uno superficies fijas para asiento y apoyo, así como una lámpara de techo descolgada. Su disposición abierta sin puertas permite la

visibilidad y control naturales, mantiene la continuidad espacial y reduce la sensación de encierro en un área reducida.



Una invitación permanente

En el exterior, el volumen general duplicó su altura gracias a la proyección de las fachadas mediante planos verticales de remate. Esa prolongación visual le otorga mayor presencia y jerarquía urbana haciéndola más importante y más visible.

A esa intención por mejorar la proporción y orden compositivo exterior se suma el color blanco que aporta unidad visual, luminosidad y neutralidad para recibir y proyectar mejor las luces y sombras.

Como contraste a esa pulcritud aparecen dos técnicas creativas que sacan provecho de los materiales:

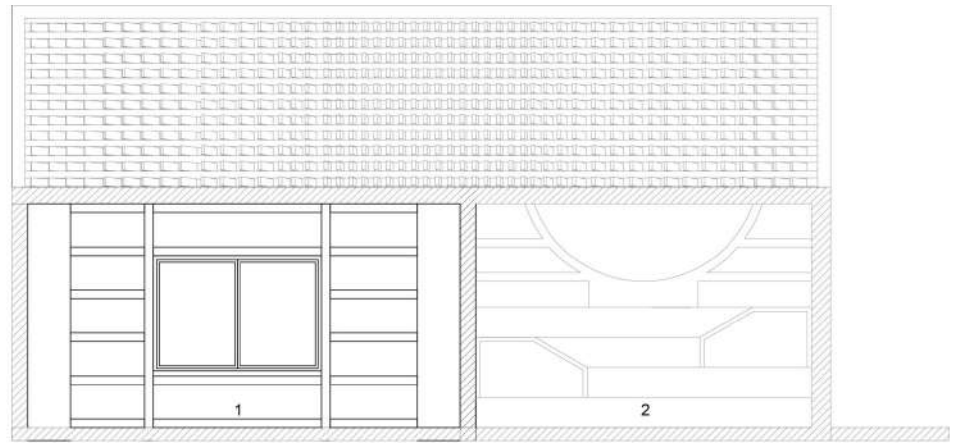
1. Celosías: en las cuatro fachadas proyectadas y las dos ventanas de la biblioteca se utiliza este elemento con una variación: la instalación del ladrillo en cuatro ángulos distintos que crea una envolvente con sensación de movimiento.

2. Color: la testa expuesta de los ladrillos de las celosías se pintó con alguno de los cinco colores requeridos por la municipalidad. La puerta en tono rosa claro inspira calidez, cuidado y serenidad haciendo que el acceso se perciba más amable y acogedor.

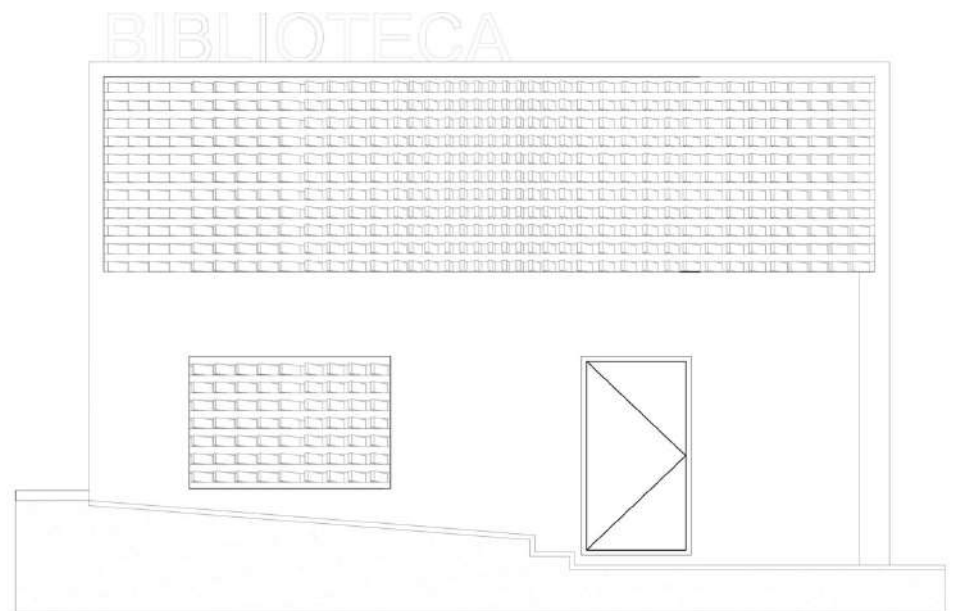
Ese mismo tono que expresa suavidad y una alegría serena es el utilizado en el aviso en grandes letras que corona la construcción con la palabra BIBLIOTECA. Ese sencillo referente la hace más visible, le da identidad clara y legibilidad inmediata.

Y afirma su vocación pública y función como un espacio abierto y disponible siempre para la comunidad general y en especial para los niños, pues busca promover su formación y los buenos hábitos mediante la lectura, el ambiente comunitario y el cuidado.

¿Qué otros espacios crees que podrían beneficiarse de la metodología que prioriza la voz de la comunidad para mejorar la calidad de vida?



Sección A-A'





Arquitectura que Educa Desde la Raíz

Escuela Nueva Esperanza

Autor: Pamela Aguirre Catalán
@_pameagui



En medio de la conversación sobre cómo deberían ser los espacios para la infancia en Latinoamérica, aparece la Escuela Nueva Esperanza como una historia que vale la pena contar. No se trata solo de un edificio, sino de un lugar donde el aprendizaje, la vida cotidiana y la comunidad se entrelazan de forma casi natural. Diseñada por el colectivo ecuatoriano Al Borde, esta pequeña escuela demuestra que la arquitectura puede ir mucho más allá de cumplir una función: puede emocionar, reunir y transformar. Aquí, cada rincón habla no solo de educación, sino también de identidad, de pertenencia y de la posibilidad de construir algo mejor entre todos.

- **PROYECTO:**

Escuela Nueva Esperanza

- **ARQUITECTO:**

Al Borde

- **FOTOGRAFÍA:**

Al Borde, Francisco Suárez & JAG Studio

- **UBICACIÓN:**

Cabuyal, Ecuador

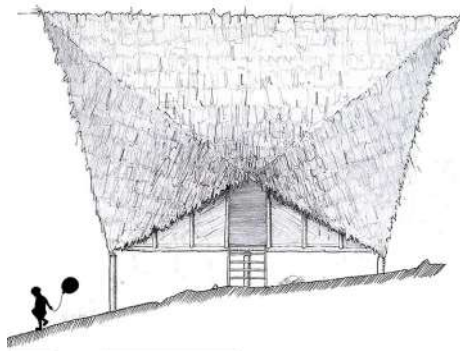
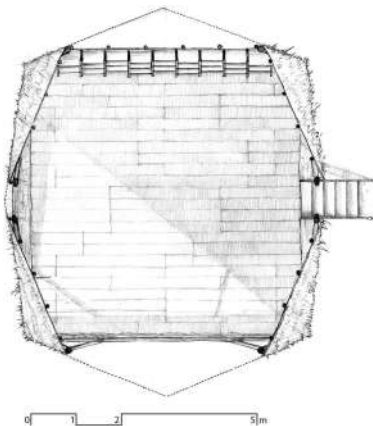
- **AÑO:**

2009

- **SUPERFICIE:**

36 M2

Ubicada en Puerto Cabuyal, una pequeña comunidad costera en Ecuador, la escuela surge en un contexto de aislamiento geográfico, precariedad de recursos y profundas brechas educativas. Hasta pocos años antes de su construcción, la comunidad carecía completamente de infraestructura escolar, lo que se traducía en altos índices de analfabetismo. Este dato no es menor: la escuela no nace como un objeto arquitectónico autónomo, sino como una respuesta urgente a una necesidad social estructural.





Arquitectura Como Respuesta al Territorio

Uno de los mayores aciertos del proyecto es su relación con el entorno. Lejos de imponer una forma ajena, la escuela nace a partir de lo que ya existe: el clima, los materiales disponibles y la manera en que la comunidad construye y habita. Esta conexión hace que el edificio no se sienta extraño, sino parte del lugar como si siempre hubiera estado ahí. A diferencia de los modelos tradicionales de infraestructura educativa -frecuentemente replicados sin considerar condiciones locales-, la Escuela Nueva Esperanza se construye a partir de los saberes constructivos de la propia comunidad. La estructura se eleva sobre pilotes de madera, con cerramientos de caña y cubiertas de paja toquilla, materiales disponibles en el entorno inmediato.

Esta decisión no es únicamente técnica o económica: es profundamente cultural. Al emplear los mismos sistemas constructivos utilizados en las viviendas locales, el edificio elimina la distancia simbólica entre escuela y comunidad. No se trata de un objeto impuesto, sino de una extensión natural del hábitat cotidiano.

Además, la elevación del volumen responde a condiciones climáticas específicas, como la humedad del terreno y posibles inundaciones, al tiempo que favorece la ventilación cruzada y el confort térmico.

En este sentido, la escuela no solo enseña dentro de sus muros, sino también a través de su propia lógica constructiva: es, en sí misma, una lección de adaptación ambiental.

El diseño espacial rompe deliberadamente con la tipología escolar convencional. Frente a las aulas cerradas, rígidas y jerárquicas, la Escuela Nueva Esperanza propone un espacio abierto, continuo y flexible. Se trata de un único ambiente multifuncional donde distintas actividades pueden coexistir, favoreciendo una pedagogía más dinámica y participativa.

La geometría del proyecto -alejada de la planta rectangular tradicional- introduce una dimensión lúdica que dialoga directamente con la imaginación infantil. La escuela ha sido descrita por la propia comunidad como

una “embarcación”, una metáfora poderosa en un entorno pesquero donde el mar forma parte de la vida cotidiana. Esta analogía no es trivial: transforma el acto de asistir a la escuela en una experiencia narrativa, donde aprender equivale a “embarcarse” en un viaje de descubrimiento.

En este sentido, la arquitectura no solo alberga el aprendizaje, sino que lo activa. Desde el simple gesto de abrir una puerta -interpretado por los docentes como una lección de física- hasta la libertad de movimiento dentro del espacio, cada elemento contribuye a una experiencia educativa sensorial e intuitiva.

Arquitectura Participativa: Construir Comunidad

Uno de los aportes más significativos del proyecto es su proceso de diseño y construcción participativa. La escuela fue concebida y edificada con la colaboración directa de los habitantes de Puerto Cabuyal, integrando conocimientos locales y promoviendo un fuerte sentido de pertenencia.

Este enfoque redefine el rol del arquitecto, que deja de ser un autor individual para convertirse en facilitador de procesos colectivos. La construcción se convierte así en una instancia pedagógica en sí misma: un espacio de aprendizaje compartido donde se transmiten técnicas, se fortalecen vínculos sociales y se consolida una identidad comunitaria.

El resultado trasciende lo material. La escuela no solo mejora las condiciones educativas, sino que también actúa como catalizador social, generando orgullo, cohesión y nuevas formas de organización colectiva. Como señalan los propios habitantes, el proyecto se ha convertido en un símbolo de unión y autoestima para toda la comunidad.





Crítica al Modelo Educativo Convencional

Implícitamente, la escuela plantea una crítica al modelo tradicional de infraestructura escolar en contextos rurales latinoamericanos. Las escuelas cercanas, construidas de hormigón, con ventanas enrejadas y espacios cerrados, son percibidas como entornos opresivos, más cercanos a una lógica carcelaria que educativa.

Frente a ello, el proyecto propone una arquitectura que confía en el niño, que lo libera en lugar de contenerlo. La ausencia de barreras físicas, la integración con el paisaje y la apertura espacial reflejan una concepción pedagógica basada en la curiosidad, la exploración y la autonomía.

Sin embargo, esta propuesta no está exenta de tensiones. La escuela funciona como un único espacio para múltiples actividades, lo que puede limitar ciertas dinámicas pedagógicas más especializadas. Además, su escala reducida evidencia los desafíos de crecimiento frente a una comunidad en expansión.

Estas limitaciones, lejos de restar valor al proyecto, subrayan su condición experimental y su carácter abierto. La escuela no es un modelo cerrado, sino un punto de partida para repensar la arquitectura educativa desde lo local.

Pero lo más interesante es que su impacto va más allá del aula. La Escuela Nueva Esperanza forma parte de una serie de intervenciones desarrolladas por Al Borde en la misma comunidad, lo que permite entenderla como parte de un proceso más amplio de transformación territorial. Este enfoque incrementa la idea de que la arquitectura no debe concebirse como una solución única, sino como un sistema evolutivo capaz de adaptarse a las necesidades cambiantes de sus usuarios.

En este contexto, la escuela se convierte en un dispositivo activo dentro de la comunidad: un espacio que no solo alberga educación formal, sino también encuentros, actividades colectivas y dinámicas sociales diversas.

En un continente marcado por profundas desigualdades, la arquitectura infantil enfrenta el desafío de ir más allá de la mera

provisión de infraestructura. Proyectos como la Escuela Nueva Esperanza demuestran que es posible construir espacios educativos dignos, sensibles y transformadores incluso con recursos limitados.

Al final, la lección es sencilla: no se trata de cuánto se invierte, sino de cómo se entiende el lugar y se construyen espacios que hagan del aprendizaje algo vivo.

La Escuela Nueva Esperanza no es solo una escuela. Es un recordatorio de que la arquitectura, cuando se vincula con lo humano, puede convertirse en una herramienta poderosa de cambio social. En cada uno de sus elementos -desde la elección de materiales hasta la apertura de sus elementos- se revela una intención clara: educar no solo a través de contenidos, sino a través del entorno mismo.

Quizás por eso, más que visitar este proyecto, lo que realmente invita es a replantear nuestras propias ideas sobre cómo deben ser los espacios para la infancia. Porque en lugares como Puerto Cabuyal, una pequeña escuela de madera y caña está enseñando una gran lección al mundo.

¿Y si el verdadero problema no fuera la falta de recursos que tenemos, sino la forma en que pensamos la arquitectura para educar?









Un espacio de aprendizaje que utiliza a la naturaleza como protagonista

La Leroteca

Autor: Santiago Vejar
@s_vejar @arqritic



Seguro te preguntarás **¿Leroteca?** Pues sí, léiste bien, y no es un error, se trata de un juego de palabras muy creativo que une la “ludoteca” con el nombre de este Kinder **Jardín Infantil Lero Lero**. Una obra que, en palabras de Lacaaja Arquitectos:

“Es un espacio para la cultura y el arte. Donde la madera, las plantas, flores y jardines son la imagen de este Kinder”

Este proyecto explora la posibilidad de brindar a las infancias un refugio lúdico-recreativo en el cual sentirse seguros. El día de hoy analizaremos esta obra.

Esta obra se ubica en Cajicá, un municipio colombiano del departamento de Cundinamarca ubicado en la Provincia de Sabana Centro, a 17 km al norte de Bogotá, Colombia.

Situada en un contexto donde los modelos educativos tradicionales continúan privilegiando lo funcional sobre lo sensible (algo que podemos ver en toda Latinoamérica), surgen propuestas que plantean el papel de la arquitectura en los procesos de formación temprana. Se trata pues, de entender el espacio mismo como una herramienta pedagógica.

El proyecto apuesta por una idea que resulta tan evidente como poco explorada: hacer del entorno construido un protagonista activo en la educación de la infancia.

• **PROYECTO:**

La Leroteca

• **ARQUITECTO:**

Lacaaja Arquitectos

• **FOTOGRAFÍA:**

Rodrigo Dávila

• **UBICACIÓN:**

Cajicá, Bogotá, Colombia

• **AÑO:**

2013

• **SUPERFICIE:**

152 M2





Lejos de limitarse a resolver un programa arquitectónico convencional, la Leroteca plantea una exploración formal y espacial a partir de un arquetipo profundamente arraigado en el imaginario colectivo latinoamericano: la cabaña.

Sin embargo, esta no se reproduce como un gesto nostálgico del hogar, sino como un dispositivo que permite articular dos mundos distintos dentro de un mismo volumen.

En su planta baja, el espacio se presenta ortogonal, blanco y neutro. Aquí, la arquitectura cede protagonismo a las actividades de las infancias, protege el desarrollo de talleres de pintura, cerámica y música donde lo importante no es el contenedor, sino lo que sucede dentro de él. Es un espacio que entiende que, en la primera infancia, la etapa más importante en la vida humana, el aprendizaje se construye con la actividad, explorando el mundo y sus contenidos.

En contraste, el segundo nivel propone una atmósfera completamente distinta. La cubierta inclinada y asimétrica desciende hasta conformar los muros interiores, generando un espacio envolvente, cálido, revestido en madera. Aquí la percepción toma un papel central: la lectura, el descanso y la exploración sensorial encuentran un sitio que invita a la introspección. Una ventana corrida enmarca la línea de la montaña, mientras que las fachadas diluyen los límites entre interior y exterior, integrando la presencia de la naturaleza como parte del aprendizaje. Como señala su autora, el proyecto:

“Busca expresar un solo espacio que en realidad son dos completamente diferentes en forma, textura y espacialidad”.

Esta dualidad no es un capricho formal, algo tan común en la arquitectura de espectáculo, sino más bien, una postura clara sobre cómo deben configurarse los espacios educativos: no como entornos homogéneos, sino como experiencias diversas que respondan a distintas formas de habitar y, por supuesto aprender, pues la arquitectura educativa no es solo para el infante, es para cualquiera que se deje llevar por las actividades que la propia obra invita a realizar dentro de sus límites espaciales.

En este sentido, la Leroteca abre una reflexión que trasciende su escala. Pensar en el **espacio mínimo** ya no es exclusivo de la vivienda; también implica cuestionar **cómo diseñamos los primeros lugares que habitamos fuera de ella.**

¿Qué tipo de relaciones espaciales estamos proponiendo a quienes apenas comienzan a entender el mundo? ¿Qué papel juega la arquitectura en la construcción de la sensibilidad, la creatividad y la conciencia del entorno?

Hoy, más que nunca, resulta necesario replantear la manera en que concebimos la infraestructura educativa. Proyectos como este evidencian que la arquitectura puede y debe ir más allá de lo funcional, convirtiéndose en un **agente activo en la formación de individuos más sensibles, críticos y conscientes de su entorno.** Recordemos que, el primer territorio que habitamos, cualquiera que este sea, es una construcción humana, lo que nos recuerda nuestra responsabilidad como arquitectos de rendir cuentas, incluso desde antes de materializarlas, a aquellos que habitan nuestras obras.









Cuando la arquitectura aprende de la naturaleza

Orquideorama

Autor: Jordi Borrull
@s_vejar @arqritic



- **PROYECTO:**

Orquideorama

- **ARQUITECTO:**

plan:b arquitectos + JPRCR Arquitectos

- **FOTOGRAFÍA:**

Sergio Gómez (SG), Camilo Orozco (CO), Felipe Mesa (FM), Izaskun Chinchilla (IC), Carlos Mario Rodríguez (CMR)

- **UBICACIÓN:**

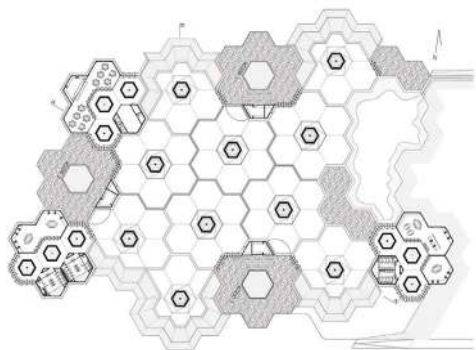
Medellín, Colombia

- **AÑO:**

2006

- **SUPERFICIE:**

4,000 m²



¿Qué pasaría si la arquitectura pudiera enseñar a los niños a cuidar la naturaleza? En Medellín, el Orquideorama responde a esta pregunta convirtiendo la arquitectura en un ecosistema vivo.

En la búsqueda de respuestas, viajamos al corazón de Colombia, al Jardín Botánico de Medellín, para redescubrir una de las obras más poéticas y trascendentales de la arquitectura latinoamericana reciente: el Orquideorama. Diseñado en 2006 por plan:b arquitectos (Felipe Mesa y Alejandro Bernal) y JPRCR Arquitectos (Camilo Restrepo y J. Paul Restrepo), este proyecto funciona como un organismo vivo que respira y que se convierte en una herramienta pedagógica extraordinaria.

Arquitectura que imita la vida

Cuando los niños visitan un jardín botánico, su percepción del mundo está abierta a la maravilla. El Orquideorama se presenta ante ellos no como un edificio tradicional, rígido e impositivo, sino como un bosque encantado de estructuras que desafían la gravedad. El punto de partida de los arquitectos fue una profunda reflexión sobre la relación entre la arquitectura y los organismos vivos. La premisa era clara: no hacer diferencia entre lo natural y lo artificial, sino asumirlos como una unidad material, espacial y ambiental.

Inspirados en la biomímesis, concepto que define la ciencia de emular la naturaleza para resolver problemas, los arquitectos adoptaron una geometría hexagonal. Esta forma, tan común en los panales de abejas y células vegetales, es la clave perfecta para replicar un patrón natural de repetición y crecimiento orgánico.

Así como un bosque crece progresivamente, el proyecto se construye agrupando módulos llamados “flor-árbol”. Al ensamblar siete

hexágonos, se logró un patrón estructural tan flexible que esquivo y respeta los árboles preexistentes. Es como si la arquitectura misma le pidiera permiso a la naturaleza para coexistir.

Cuando la estructura se transforma en naturaleza

Para un niño, un árbol es un misterio de raíces que se hunden y ramas que tocan el cielo. El Orquideorama traduce esta magia al lenguaje de la construcción. Cada módulo tiene un centro hueco que funciona como un tronco.

¿Por qué un hexágono? Porque es una forma que la naturaleza ya ha perfeccionado. Este “tronco” no es un simple pilar: funciona como un sistema que distribuye agua, aire y energía, tal como lo haría un árbol real. En su interior se ocultan los cables y las tuberías que recogen el agua de lluvia, transportando los recursos vitales desde el suelo hasta la copa para que el edificio, literalmente, cobre vida.

Estos troncos funcionan también como chimeneas naturales que dejan salir el aire caliente y canalizan la lluvia hacia los jardines interiores. Al mirar hacia arriba, los niños no encuentran un techo plano y aburrido, sino un tejido de madera que parece retorcerse con el movimiento de un árbol real. Es un diseño inteligente que crea su propio microclima, enseñando a las nuevas generaciones que la arquitectura puede refrescar y dar vida sin necesidad de máquinas, simplemente imitando la sabiduría de la naturaleza.





Materialidad y Cuidado Planetario

En una edición dedicada a salvaguardar nuestro planeta, la selección de los materiales cobra un protagonismo absoluto. No se puede construir el hábitat del mañana con las prácticas extractivistas del pasado. Los arquitectos del Orquideorama demostraron un compromiso inquebrantable con la sostenibilidad, utilizando los materiales como una declaración de principio.

Para lograr que la gran cubierta parezca flotar sobre el jardín, se utilizó una estructura de acero. Este material permite la esbeltez necesaria para que los “troncos” no se sientan pesados, manteniendo una sensación de ligereza y apertura que invita a los niños a explorar sin barreras visuales.

El cielo falso, ese “follaje” que nos protege, está construido con láminas de madera de pino provenientes de cultivos reforestados. Al entrelazarse, estas piezas filtran la luz

del sol de la misma forma que lo hacen las hojas de los árboles, creando un juego de sombras que mantiene el espacio fresco y acogedor de manera natural.

La gestión del agua es una lección de respeto ambiental. En la parte superior, la cubierta alterna materiales opacos y translúcidos para recoger la lluvia y dirigirla hacia los jardines interiores. En el suelo, en lugar de usar concreto sólido, se instalaron adoquines que permiten que la tierra “beba” y respire. Así, el agua regresa al subsuelo, manteniendo la humedad perfecta para que las orquídeas crezcan sanas y fuertes.

Un Espacio para la Comunidad y la Infancia

Más allá de su proeza técnica, el verdadero éxito de estos 4.000 metros cuadrados radica en su “disponibilidad” espacial. Como señalan sus creadores, no se trata de una nave vacía ni de una planta libre. Es un cobertizo con apoyos intermitentes

que abrazan jardines. Esta hibridación entre plaza pública y recinto botánico lo convierte en un escenario infinitamente flexible.

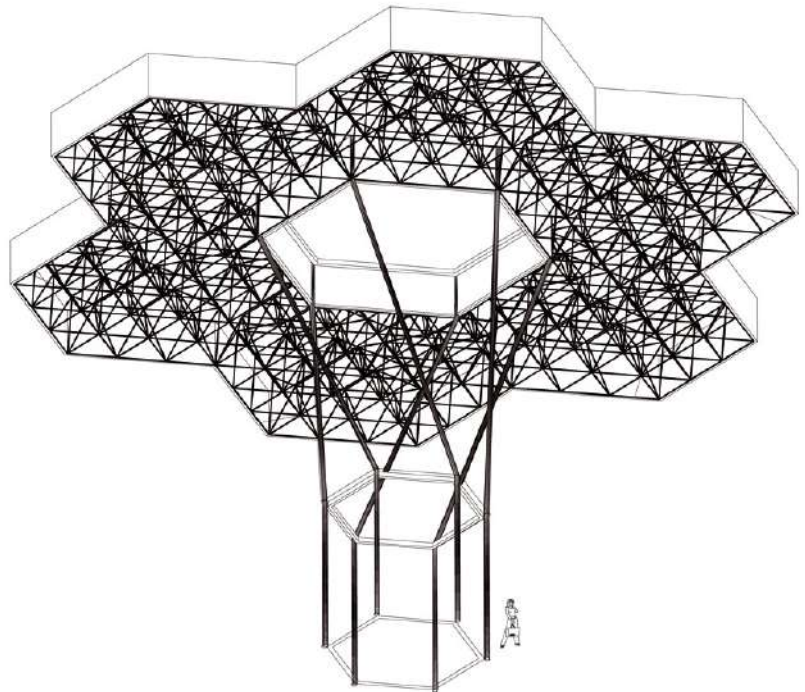
Pero, ¿qué aprende un niño al recorrer un espacio como este? Para los niños de Medellín, el Orquideorama es un lugar de asombro y exploración. Corretear entre los inmensos troncos retorcidos de madera, observar la delicadeza de las flores exhibidas o escuchar el canto de las aves que encuentran refugio bajo el dosel, es una experiencia formativa inigualable. Al mismo tiempo, el espacio acoge conciertos, ferias de diseño, clases de yoga y eventos cívicos. Se ha convertido en un artefacto que reconcilia a la ciudadanía con su entorno natural en una metrópoli que, históricamente, ha utilizado la arquitectura de calidad como su mejor herramienta para la curación social y urbana.

El Orquideorama de JPRCR Arquitectos y plan:b arquitectos es un testimonio poético de qué otro tipo de progreso es posible. Nos recuerda que cuidar el planeta no significa renunciar a la belleza, a la técnica o al desa-



rollo de nuestras ciudades, sino reorientar nuestra inteligencia humana para trabajar en simbiosis con la Tierra.

Para los niños que hoy habitan nuestras ciudades latinoamericanas, proyectos como este actúan como verdaderas aulas sin muros. Les enseñan que el futuro de la arquitectura no reside en dominar el paisaje, sino en escucharlo, en imitar su sabiduría milenaria y en construir refugios donde la vida, en todas sus formas, pueda florecer libremente. Si este es el futuro que empezamos a construir, los cimientos están bien plantados.







Un lugar donde crecer es aprender

Centro de Desarrollo Infantil El Guadual

Autor: Pablo Vazquez
@arq_pablo_vazquez



¿Puede un edificio enseñar antes incluso de que alguien entre a una aula?

Cuando pensamos en espacios para la infancia, muchas veces imaginamos aulas, juegos o mobiliario colorido. Pero hay proyectos que van más allá y entienden que el aprendizaje no comienza en un pizarrón, sino en cada recorrido, en cada decisión y en cada interacción con el entorno.

El Centro de Desarrollo Infantil El Guadual, ubicado en Villa Rica, Colombia, es uno de esos proyectos donde la arquitectura no solo alberga educación: la construye.

• **PROYECTO:**

Centro de Desarrollo Infantil El Guadual

• **ARQUITECTO:**

Daniel Joseph Feldman Mowerman + Iván Darío Quiñones Sánchez

• **FOTOGRAFÍA:**

Alván Darío Quiñones Sánchez

• **UBICACIÓN:**

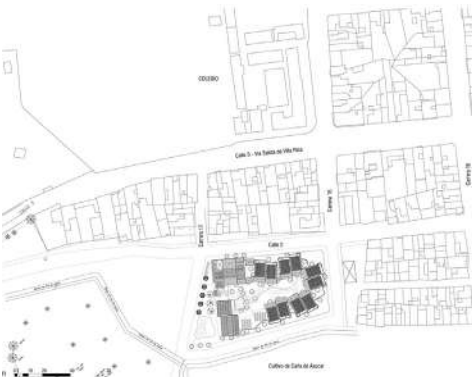
Villa Rica, Cauca, Colombia

• **AÑO:**

2013

• **SUPERFICIE:**

1,823 M2





Arquitectura que nace de la comunidad

Antes de ser un edificio, El Guadual fue un proceso.

Durante dos años, el proyecto se desarrolló a partir de talleres participativos donde niños, madres, familias y líderes comunitarios formaron parte activa del diseño. No se trataba únicamente de construir un espacio funcional, sino de generar identidad, pertenencia y apropiación.

¿Te imaginas crecer en un lugar que ayude a diseñar?

Este enfoque transforma completamente el papel de la arquitectura. Aquí, el proyecto deja de ser un objeto impuesto y se convierte en un reflejo directo de la comunidad que lo habita.

Un espacio que educa más allá del aula

El Guadual atiende a cientos de niños en su primera etapa de vida, pero su impacto va mucho más allá de lo educativo en términos tradicionales.

El diseño sigue principios de la metodología Reggio Emilia, donde el espacio se entiende como un “tercer maestro”. Es decir, no solo se aprende de los docentes o de otros niños, sino también del entorno construido.

Las aulas, por ejemplo, cuentan con múltiples accesos y salidas. Este gesto aparentemente simple introduce algo fundamental: la toma de decisiones.

Entrar, salir, explorar... cada movimiento se convierte en aprendizaje.

Los baños, integrados directamente a los espacios, fomentan la autonomía desde edades tempranas. Aquí, los niños no esperan instrucciones: participan activamente en su propio proceso de crecimiento.

Un recorrido abierto, flexible y vivo

A diferencia de los modelos escolares tradicionales, donde los espacios suelen ser rígidos y cerrados, El Guadual propone una arquitectura abierta y permeable.

Los recorridos no son lineales ni restrictivos. Son libres, fluidos, pensados para que el niño explore, descubra y se relacione con otros.

Pero hay algo aún más interesante: el proyecto no se cierra en sí mismo.

El conjunto incorpora espacios como un aula múltiple, un cine al aire libre y áreas públicas que permanecen abiertas a la comunidad fuera del horario escolar. Entonces, la pregunta cambia:

¿Es una escuela... o es un espacio comunitario que educa a toda una población?

Materiales que cuentan una historia

Uno de los aspectos más sensibles del proyecto está en su materialidad.

El uso de concreto con textura de esterilla no es una decisión estética aislada. Es un gesto cargado de memoria: remite a las antiguas construcciones en tapia pisada que formaban parte de la identidad local.

De la misma forma, las guaduas utilizadas en el cerramiento son protegidas con botellas recicladas, recolectadas y pintadas por la propia comunidad.

Nada aquí es decorativo por accidente. Cada material habla de contexto, de historia y de colaboración. Cada elemento construye una narrativa donde la arquitectura se convierte en un puente entre pasado, presente y futuro.







Estrategias simples, impacto profundo

El Guadual demuestra que no se necesita tecnología compleja para lograr una arquitectura eficiente y responsable.

A través de estrategias pasivas como:

- Ventilación natural.
- Iluminación controlada.
- Orientación adecuada.
- Recolección de agua.

El proyecto logra condiciones ambientales confortables y sostenibles. Pero más allá del desempeño técnico, hay una intención clara: enseñar también desde el ejemplo.

Porque cuando un niño crece en un espacio que respeta el clima, los recursos y el entorno... aprende, sin darse cuenta, a hacer lo mismo.

Construir comunidad desde la infancia

El impacto del proyecto no se limita a quienes lo habitan diariamente.

Durante su construcción, El Guadual generó empleo local, capacitación y oportunidades para decenas de personas. Y una vez en funcionamiento, se consolidó como un nuevo núcleo urbano donde convergen educación, cultura y comunidad.

Aquí, la arquitectura no solo responde a una necesidad: activa dinámicas sociales. Y eso abre una reflexión importante:

¿Y si los espacios para la infancia fueran también el punto de partida para transformar ciudades completas?

Un lugar donde el futuro empieza hoy

El Centro de Desarrollo Infantil El Guadual no es un edificio espectacular en el sentido tradicional. No busca imponerse ni llamar la atención desde lo formal.

Su valor está en algo mucho más profundo: en cómo entiende la infancia, en cómo integra a la comunidad y en cómo utiliza la arquitectura como una herramienta de cambio.

Aquí, aprender no es una actividad aislada. Es una experiencia constante que ocurre en cada espacio, en cada material y en cada interacción.

Porque al final, diseñar para la infancia no se trata solo de crear lugares para crecer... sino de construir las bases de cómo queremos que crezcan nuestras sociedades.



FOCUS

LATINOAMÉRICA

CO

L

O

CA

TU OBRA



FOCUS

40% OFF

APARECE EN TODAS LAS EDICIONES
FOCUS 2026



HAZ QUE TU MARCA SE VEA

